

París : capital de la elegancia

Autor(en): **Demour, Maryse**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): - **(1947)**

Heft 4

PDF erstellt am: **21.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-798113>

Nutzungsbedingungen

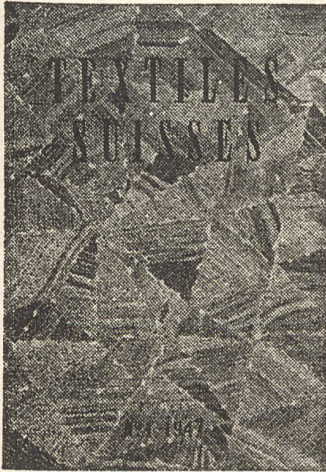
Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.



Tejido estampado Orbis multicolor
Crespón de China en seda pura
Heer & C^o S. A., Thalwil

1947 TEXTILES SUIZOS *Nº 4*

Revista especial de la

Oficina Suiza de Expansión Comercial, Zurich y Lausana

REDACCION Y ADMINISTRACION : OFICINA SUIZA DE EXPANSION COMERCIAL
APARTADO 4, LAUSANA

«Textiles Suizos» aparece 4 veces al año

Suscripción : España : Dirigirse directamente a «Sprentex», Zurbano 29, Madrid

Otros países : Francos suizos 20.—

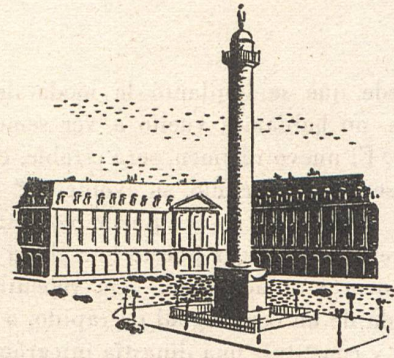
Redactor jefe : CHARLES BLASER, Lausana

SUMARIO : *Paris, capital de la elegancia, p. 25. Sobre una revolución, p. 26. La moda de las puntillas, p. 28. Carta de Londres, p. 44. Carta de Nueva York, p. 46. Los últimos muestrarios, p. 48. Corbatas, p. 62. Ahora hace cien años, p. 68. Feria Suiza de Muestras, p. 69. Ecos de Paris, p. 70. El calzado a la moda, p. 73. Crónica y apuntes, p. 74. Los fabricantes nos comunican, p. 75. Indice de los anunciantes, p. 71. ¿En donde suscribirse a los «Textiles Suisses»? , p. 72.*

PARIS

capital de la elegancia

por Maryse Demour



¡París! Nombre mágico, cuya evocación, aun siendo lejana, hace brillar de modo indefinible los ojos de todo aquel que le hecha de menos o que en él pone una esperanza. ¡París, cuyo encanto nos conquista, París es único en el mundo!

Durante la ocupación, los Alemanes creyeron someterle bajo su yugo, pero sólo les fué dado conocer un París retraído, cuyo espíritu guardaba sus garras, sacándolas únicamente a puertas cerradas y se mordía los labios para no traicionarse.

Cuando llegó la Liberación explotó el deseo de sentirse libre; París podía por fin sonreír al gran mundo, y así partió a la busca del tiempo perdido para recuperar lo que fué su encanto de antes de la guerra.

Y en este ambiente ligero que confiere a las mujeres el vehemente deseo de parecer bonitas y a los hombres el de decírselo, París piensa nuevamente en acicalar aquella que fué siempre su más fiel embajadora.

La moda de París, que tanto había sufrido por no poder hacer cosas prácticas, hizo — cual rosa temprana — que estallará su corselete para desplegarse con toda magnificencia y demostrar al mundo que aun existía, más bella que nunca.

Todos los que llegaron a creer que podía uno pasarse sin las innovaciones que vienen de esa capital mundial de la elegancia quedaron estupefactos ante sus creaciones que ponían en apariencia la pobreza de las suyas propias.

La moda, al haber vuelto a disponer de bellas sederías, de lanas suaves, de tejidos de algodón puro, de hermosos encajes y de profusos bordados, volvió a sentirse atrevida y dispuesta a todo, con tal que fuese hermoso.

Los modistos modificaron tanto la silueta que los Americanos se sintieron conmovidos al ver que sus últimas películas resultaban pasadas de moda, pues tal es la influencia que ejerce tal soberana como es la moda parisiense, sin preocuparse de las dificultades que pudiere ocasionar, todo lo arrastra a su paso, llegando a ridiculizar todos aquellos que no le rinden pleitesía.

Únicamente París, por su espíritu mesurado, es capaz de proponer al mundo esas novedades que engarzan en tradiciones seculares. En los tiempos de antaño ¿no eran acaso las muñecas parisienses las que llegaban a las capitales extranjeras como mensajeras de la gracia de París? Luego fueron las lujosas revistas, las que, a su vez, iban a todos los

continentes para proponer las novedades que París, nunca a corto de ideas, lanza cual brillante fuego de artificio.

He aquí pues, que la moda, cansada de las andanzas a lo garsón, la moda, al hacerse más femenina, para volver a dar todo su misterio a las piernas, lanza de nuevo la falda larga. ¡Se acabaron las pantorrillas al aire! La moda requiere nuevamente aquellos ademanes graciosos que empleara Celimena jugando con su abanico para ocultar el placer que le causara el escuchar los galantes requiebros.

Los hombres mismos volverán a aficionarse a los madrigales, ante estas mujeres que ya no han de ser solamente *el* camarada, sino bellas compañeras. Ya no hay tiempo para nada, la velocidad arrastra todo, dirá más de uno, como si el Amor no hubiere de encontrar siempre el tiempo oportuno.

Y París, otra vez más, a pesar de la malicia de los tiempo y de los pronósticos sobre cataclismos aún peores, habrá sabido renovar la Eva sempiterna, aquella cuya sonrisa sigue siendo, a pesar de todo, la palanca que eleva el mundo.

Sobre una Revolución

Desde que se implantó la moda de los cabellos cortos, no habíamos vuelto a ver semejante revolución. ¿El nuevo régimen, será estable, cuánto durará, cuál será su desarrollo, su evolución? Preguntas son éstas a las que no se puede contestar, pero que podemos ya plantear puesto que ahora ya, esa nueva tendencia está aceptada. ¿Su repentina boga será seguida de un ocaso igual de rápido, o logrará imponerse y constituir una dinastía integrándose armoniosamente en la historia de la moda? ¿Porqué no había de ocurrir esto? Una revolución, todo lo súbita y radical que se quiera, ¿No es acaso siempre resultado de una evolución, fruto de acontecimientos anteriores? Pero llegar a decir que se la veía venir, sería erróneo, y no ha de ser ese leve alargamiento de las faldas que le ha precedido, el que podía permitir que se adivinase lo marcados que habían de ser sus efectos y lo repentino de su éxito. Y, sin embargo ¿No está acaso en el orden de las cosas el que la moda sea antojadiza, imprevisible, ilógica, como lo es la mujer misma? Sin llegar a renegar de todo lo tradicional, esta continuidad, este comienzo de perennidad que asegurará su reinado, es el Gusto quien se lo ha dado, el Gusto, ese ídolo de París, cual director de orquesta sutil, cuya batuta casi mágica hace surgir de la sombra unos encantadores detalles, atenúa los contrastes más chocantes, dosifica los efectos, modela y pone de relieve; el Gusto, sin el que la fiesta más espléndida no será más que una feria, y la más brillante joya será tan sólo un espantajo. Los regímenes se suceden, más no se parecen, pero el Gusto, gran visir inamovible, impone su etiqueta estricta y salva de vez en cuando las más osadas iniciativas. ¡Guay! de aquel que pretenda esquivarlas.

Fué Christian Dior, recién arribado a la alta costura parisiense, el artesano principal de la revolución pacífica que da que hablar a todo el mundo. Admirablemente preparado al papel que desempeña, por sus viajes, su cultura, sus estudios artísticos y su actividad como decorador y guardarropista escénico y de cinematógrafo, también como dibujante de modas, este hombre en toda la fuerza de la edad, ha lanzado una silueta nueva que está en trance de llegar a ser la silueta de nuestra época: hombros caídos, el busto pequeño y alto, talle esbelto, caderas exuberantes...

Si dijéramos que todo el mundo ha aceptado estas novedades sin prestar resistencia, sería tanto como decir una mentira. La primera sorpresa fué seguida para muchas por el despecho de resultar fuera de la moda, pasadas de moda de la noche a la mañana, sin otra alternativa más que, o someterse, o aceptar el desafío y vencer. En aquel país, donde los «negocios» conocen el juego de los resortes secretos que sirven para mover la «opinión», las protestas adquirieron las más distintas formas, democráticas, populares, y hasta nacionales... Mas, las ilusiones perdidas, son ¡ay! hojas desprendidas... Al poco tiempo, los adversarios de la nueva línea volvieron casaca — como podríamos decir — Negando a ser sus campeones más celosos, hasta el punto de llegar a sobrepasar un tanto la medida... Mas ¡guay! de los adversarios y de los amigos torpes. La revolución ha triunfado y ahora aguardemos las realizaciones, el desarrollo, las variaciones de la idea nueva que han de presentarnos los que en ese Templo del Gusto que es la alta costura parisiense, trabajan para nosotras.

Clelia.